

El Real Fuerte de Concepción

Emilio Becerra de Becerra

ORIGEN

El castillo conocido como *Fuerte de la Concepción* se encuentra situado en la provincia de Salamanca, a once kilómetros al norte de Fuentes de Oñoro, entre el pueblo de Aldea del Obispo al este y la rivera de Turones, que es raya con Portugal, al oeste. Debe su existencia a la circunstancia de que el 1 de diciembre de 1640 el pueblo de Lisboa se levantara en armas contra su rey Felipe de Habsburgo, que también lo era de España. El rey, absorbido por la guerra contra Francia y en la que había de sostener contra el levantamiento catalán, no pudo enviar a los reales ejércitos a tierras lusitanas, y el 20 de enero siguiente los portugueses proclamaron rey al duque de Braganza, con el nombre de Juan IV.

Los años de unión entre ambos reinos habían dejado indefensa una frontera que ya no se necesitaba, y el rey de España tardaría casi veinte años en poder intentar la recuperación de aquella corona. Iniciada la reacción regia tras la firma con Francia en 1659 del Tratado de los Pirineos, se prepararon tres ejércitos para invadir el país vecino y se dio el mando del central al duque de Osuna. El general español concibió la idea de levantar un fuerte que sirviera de base a su ejército, y aunque sólo fue autorizado a fortificar Valedamula, el duque, con la colaboración de sus ingenieros dirigidos por Simón Jocquet, procedió a construir un fortaleza en tierra salmantina, para lo cual tres mil obreros excavaron el cerro del Gardón; se comenzaron las obras el día 8 de diciembre de 1663 — cuya festividad, la Inmaculada Concepción, fue la causa de su denominación — y el 20 de enero siguiente se dieron por concluidas, y el duque pudo anunciar al secretario del Consejo de Guerra que ya era capaz para acoger una guarnición de 1.500 infantes y 200 caballos. Con-

sistía en un amplio patio cuadrado rodeado de muros, con baluartes pentagonales en los ángulos, socavado todo en la tierra y reforzado con maderos, fajas y cestones.

Pero las tropas del duque de Osuna — tercios provinciales bisoños, recién reclutados y faltos de organización e instrucción — fueron derrotadas el 8 de junio de 1664, lo que costó al duque el mando. Entonces el Consejo de Guerra desde Madrid, sin estudiar las necesidades de la zona, ordenó su demolición, y aunque el nuevo general, don Juan Salamanqués, trató de impedirlo, al final se llevó a cabo, aunque sólo a medias, el día 30 de octubre, cuando aún no hacía un año que se había iniciado su edificación.

NUEVA CONSTRUCCIÓN

Se sucedieron años de lucha en los que el Campo de Argañán se despobló; en la Guerra de Sucesión lo ocuparon uno y otro ejército. Pero sólo en 1735, cuando Don José Patiño, ministro universal de Felipe V, visitó la comarca, se descubrió que el fuerte era necesario y que la idea de Osuna había sido muy acertada. Patiño convocó un concurso entre los ingenieros militares; se desechó, por desmesurado y excesivamente costoso, un proyecto de Don Diego Bordick, y el 30 de noviembre de 1735 se encomendó al ingeniero Don Pedro Moreau la construcción de un castillo según los planos presentados, que respondía en todo a los más avanzados conceptos de la poliorcética y que aseguraba las necesidades de defensa de la comarca.

Don Pedro Moreau trazó todos los planos de conjunto y detalles aprovechando la excavación hecha setenta años antes; redactó los contratos para el asiento de las obras, acopió medios y materiales y dirigió las obras, de las que se puso la primera piedra el 1 de mayo de 1736. Necesidades de la defensa nacional alejaron a Moreau de la construcción de la fortaleza en dos ocasiones: entre los años 1740 y 1747, en los que estuvo encargado de dirigir trabajos de fortificación en Orán y en Cádiz, siendo sustituido en La Concepción por Don Bernardo de Frosne, y de 1750 a 1753, cuando hubieron de reemplazarlo Don Antonio de Gaver y Don Juan Giraldo de Chaves; a partir del último año dirigió los trabajos finales terminados en 1758; en 1759 Moreau informaba que se había gastado en la construcción de la fortaleza la cantidad de 6.900.000 reales de vellón. Su inauguración oficial se demoró hasta el 30 de mayo de 1776 con la bendición de la capilla y la colocación del Santísimo Sacramento.

Se concedió el asiento de las obras en 1736 a los maestros Gabriel Puig y Valentín de Medina, que meses más tarde acabaron en prisión por incumplimiento de contrato, por lo que en febrero de 1737 se adjudicaron a Manuel de Larra Churruiguera, quien continuó en el puesto hasta la terminación de la construcción. También se debe a este artista la magnífica decoración de la puerta principal, aunque el escudo real acaso fuese realizado por su hermano José.

DESCRIPCIÓN

El *Fuerte de la Concepción* es un castillo abaluartado que responde en su fábrica a las mejores y más eficaces normas constructivas aplicadas a la defensa de las plazas en el siglo XVIII; consiste en una fortaleza real y regular, de planta cuadrada, con recias cortinas de granito de algo más de 51 metros de longitud y 9,5 metros de altura desde el pie del foso hasta el cordón, que cierran un patio de 50 metros de lado, en cada uno de los cuales se abren nueve naves o casernas de 19 metros de profundidad y 6 de anchura, con bóvedas a prueba de bomba; las correspondientes a tres de los lados estaban dedicadas a alojamiento de oficiales, tropas y caballos, y contaban con luces y chimeneas, o pesebreras, excepto las tres centrales que sólo servían de paso hacia las poternas que se abren sobre el foso frente a la gola de los revellines, para establecer la comunicación con ellos; las que correspondían a la cortina de la puerta principal estaban dedicadas a almacenes de víveres, piensos y municiones; las laterales, y las centrales, a cuerpos de guardia.

Cada una de las esquinas está formada por un baluarte pentagonal, llamados del Rey y de la Reina, los que se enfrentan a Portugal, y del Príncipe y el Infante, los que miran a Aldea del Obispo, y que son como gigantescas puntas de flecha dirigidas a vanguardia y responden en sus dimensiones y trazado a las más estrictas reglas de la ciencia de la fortificación.

Delante de los lienzos de la muralla se levantan sendos revellines pentagonales, que siguen en todo el orden constructivo de los baluartes, salvo por el hecho de tener la gola abierta, lo que, por estar defendida desde la cortina correspondiente, permitía una mayor facilidad para un posible refuerzo o retirada. En el oriental se abría la entrada que permitía el acceso a carruajes desde el exterior y donde se iniciaba el puente que llevaba hasta la puerta principal.

Las cubiertas de las naves, de los baluartes y de los revellines constituían las plazas de armas o adarves para la defensa, que contaban con asentamientos para 52 cañones en el castillo y 9 en cada uno de los revellines, protegidos por los correspondientes merlones. Contaba el fuerte, además, con los citados cuerpos de guardia, calabozos, grandes cisternas (especialmente bajo el patio principal y en el fortín de San José), escalera de caracol para los servicios de la puerta principal, capilla y casas para el gobernador y el capellán, rampas de acceso a los baluartes, así como otras para acceder al camino cubierto, y letrinas con una ingeniosa y adecuada red para la evacuación de los residuos. Un complicado y hábil sistema mecánico, debido al ingeniero Juan de la Ferrière, bajaba o alzaba la enorme plancha que, alternativamente, servía de puente basculante para la entrada y de cierre de los huecos de la puerta principal.

Un profundo foso rodeaba al castillo y a los revellines, cuyo plano se alzaba hacia el exterior cuatro metros para constituir un poderoso camino cu-

bierto dotado de banquetas para los tiradores, de contraescarpa similar a los muros de la fortaleza y de traversas para cortar una posible infiltración enemiga. El campo circundante constituía el glacis, minuciosamente estudiado en su declive y en su parcelación, por lo que presentaba una magnífico campo de tiro y una positiva defensa contra los disparos directos de la artillería enemiga.

Para obviar el padastro que significaba la mayor altura del cerro hacia su prolongación meridional, se construyó en el punto más elevado un fortín, en forma casi de hornabeque, que recibió el nombre de San José, con las características generales de la fortaleza y equipado con nueve cañones. Se unía a la fortaleza por un camino cubierto al que se accedía desde el foso por una caponera; a medio camino de esta comunicación se levantó un cuartel para Caballería, dotado de diez cañones y con alojamiento para 90 caballos y sus jinetes en cada una de sus dos partes.

La portada es una bella obra barroca, hecha de mármol blanco de Villamayor, donde Manuel de Larra plasmó todo su arte al servicio de la idea de fuerza que la construcción representaba, y en la que su hermano menor puso el broche del escudo real, cuya corona una mano bestial ha machacado.

Así era el *Fuerte de la Concepción*: una perfecta y sólida muestra del arte de la fortificación española en el siglo XVIII; otras fortalezas de nuestra Patria (Figueras, Jaca, Montjuich, Pamplona, Badajoz, etc.) acaso fueran más poderosas y llegaran a tener una mayor utilización, pero la circunstancia de la naturaleza del terreno donde se levanta el castillo de Aldea del Obispo y el hecho de no haberse tenido que ajustar a ninguna fortaleza anterior ni encontrarse incrustado en una población, permitieron aplicar en él con entera libertad todas las reglas de la poliorcética heredadas de los ingenieros del pasado y que habían evolucionado hasta desembocar en la fortificación abaluartada.

FINAL

Poco años vivió «la Concepción» completo; el 20 de julio de 1810, al iniciar Masséna la invasión de Portugal, el general inglés Craufurd, jefe de la División Ligera del Ejército de Wellington que lo ocupaba, procedió a su voladura, de acuerdo con las órdenes recibidas de su jefe. El fuerte resultó muy dañado; se derribaron las esquinas de los baluartes y parte de los revellines, pero, hecho a prueba de bomba, resistió también a las minas y su estructura general quedó en pie.

Abandonado durante cincuenta años, los lugareños de la comarca lo convirtieron en cantera para sus edificaciones y contribuyeron casi tanto como la pólvora británica a su destrucción. Hacia 1860 lo vendió el Estado; acaso así se evitó la continuación del saqueo, pero el abandono ha seguido hasta hoy.

ESTADO ACTUAL

La fortaleza se encuentra actualmente derruida entre un treinta y un cuarenta por ciento, aproximadamente. Los elementos que la integran están en el siguiente estado:

- El cuerpo principal, con todos los cuarteles que lo componen, está en pie, pero ha desaparecido su pavimento.
- La fachada principal, con el cuerpo de guardia, se encuentra en buen estado, como asimismo las tres poternas.
- Se hallan intactas las rampas de acceso a los adarves o plazas de armas de las murallas y baluartes, excepto la del noroeste, que está completamente derruida.
- La casa del Gobernador ha sido destruida en su totalidad, y de la del Capellán y de la Capilla, queda el esqueleto: parte de la fachada y de los muros.
- Los cuatro baluartes tienen sus ángulos salientes muy deteriorados.
- En las cortinas existen brechas, especialmente en la del noroeste.
- De los cuatro revellines, los del oeste y sur están arrasados, y los otros dos destruidos en un treinta por ciento.
- Se encuentran intactos los dos puentes, así como las cisternas y pozos ciegos.
- Del cuartel de Caballería está en bastante buen estado la mitad del lado oeste; la otra mitad se halla derruida al cien por cien, si es que llegó a existir.
- En el reducto o fortín de San José están en buen estado la cortina, la fachada y su hermosa puerta, pero los cuarteles y dependencias han sido arrasados al treinta por ciento.
- Los glacis, que han sido dedicados a la agricultura, casi han desaparecido; y están en mediano estado, muy cubiertos de escombros, el foso y el camino cubierto.

De todas formas, lo que permanece en pie da una cabal idea de la estructura de la obra y de su perfecta traza y armonía que, como se dice anteriormente, es la mejor muestra, o al menos la más clara, de la fortificación abaluartada española.